

EDITORIAL
ESTRELLA

COLECCIÓN MINIATURA TOMO 32

TOMOS PUBLICADOS

1. *CALENDARIO ESPIRITUAL.* (Un buen pensamiento para cada día.) Ordenado por G. MARTÍNEZ SIERRA.
2. *HORAS DE SOL.* Novela, por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
3. *CRISTO NIÑO.* Versos al Nacimiento del Hijo de Dios, por los mejores poetas españoles de los siglos XVI y XVII.
4. *GOZOS DEL DOLOR DE AMOR,* por RICARDO LEÓN.
5. *BREVIARIO DE UN AÑO,* por EDUARDO MARQUINA.
6. *VIAJE SENTIMENTAL,* por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
7. *LA PRINCESA SIN CORAZÓN,* por JACINTO BENAVENTE.
8. *A LA LUZ DE LA LUNA,* por SERAFÍN y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO.
9. *MADRID.* Guía sentimental, por AZORÍN.

10. *LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN*, por INOCENCIO DE SALCEDA, y otras poesías a la Pasión y Muerte de Cristo.

11. *LA RECOMPENSA*. Novela, por JACINTO OCTAVIO PICÓN.

12. *PORQUE SÍ*, por M. LINARES RIVAS.

13. *EL CARBONERO ALCALDE*. Novelas por PEDRO A. DE ALARCÓN.

14. *LIBRO DE ORO*, DE SÉNECA.

15. *LAS GUITARRAS MÁGICAS*. Cantos populares españoles, seleccionados por FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

16. *MEDITACIONES*, por ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

17. *EL REY BALTASAR*, por LEOPOLDO ALAS (CLARÍN).

18. *LA VENTA DE LOS GATOS*. Novela, por GUSTAVO A. BÉCQUER.

19. *CREO EN DIOS*. Novela, por ANTONIO DE TRUEBA.

20. *NAVES EN EL MAR*. Novela, por CONCHA ESPINA.

21. *EL HERMANO*, por ALFONSO DAUDET.

22. *HUMORADAS*, por RAMÓN DE CAMPOAMOR.

23. *DESENGAÑO*. Novela, por DOÑA MARÍA DE ZAYAS.

24. *LEVE DISCUSIÓN CON UNA MOMIA*, por EDGAR POE.

25. *EL NIÑO PRODIGIO*, por SANTIAGO RUSIÑOL.

26. *LA REINA DE LAS NIEVES*. Historia en siete cuentos, por ANDERSEN.

27. *LOS CIEGOS*, por M. MAETERLINK.

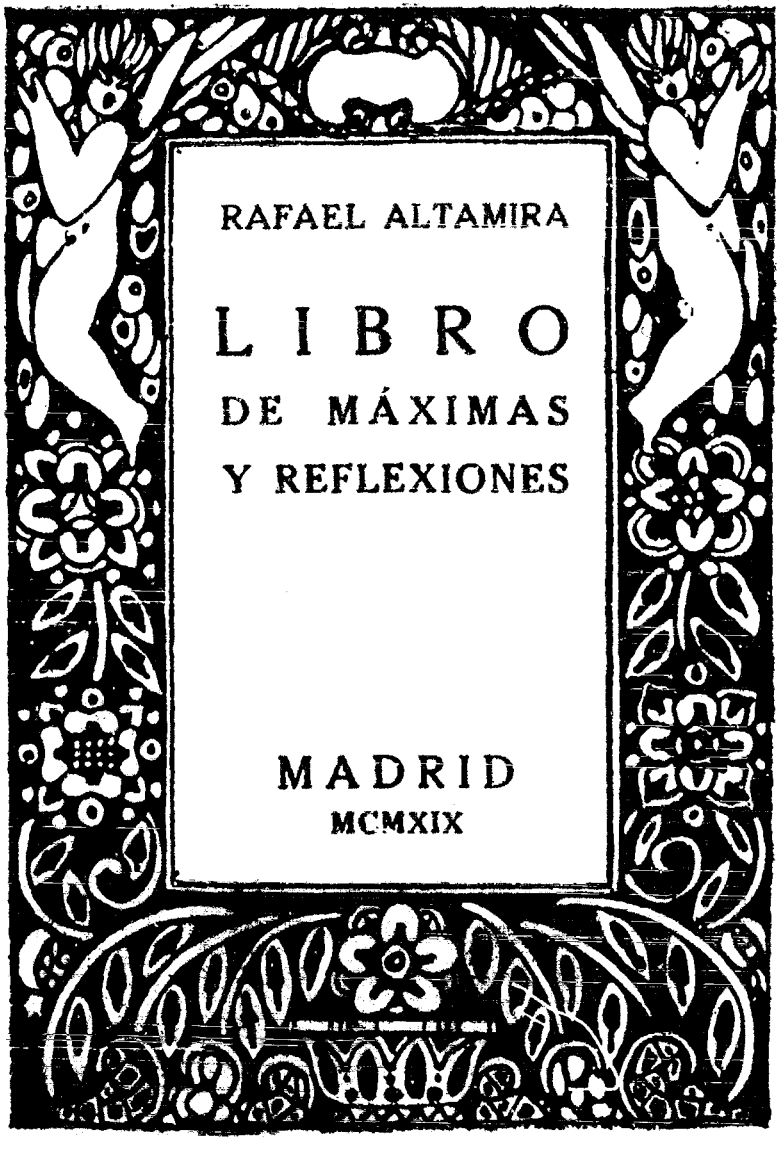
28. *CUENTO DE VACACIONES*, por CARLOS DICKENS.

29. *LA SEÑORA CORNELIA*. Novela, por CERVANTES.

30. *UN DÍA*. Novela, por B. BJÖRNSON.

31. *LO QUE VIÓ LA LUNA*, por ANDERSEN.

32. *LIBRO DE MÁXIMAS Y REFLEXIONES*, por RAFAEL ALTAMIRA.



RAFAEL ALTAMIRA

LIBRO
DE MÁXIMAS Y REFLEXIONES

MADRID
MCMXIX

Tipografía Artística
Cervantes, 28. Madrid

I N D I C E

	Págs.
Explicación	9
Patriotismo	11
Los sistemas	12
La mano dura	14
Valor cívico	14
Optimismo y pesimismo	15
Los escépticos	17
Contra el desaliento	19
Las discusiones	20
La suprema libertad de espíritu	21
«No sólo de pan...»	24
La comprensión ajena	24
Hombres viejos y hombres nuevos	25
Buena y mala fe	27
Bondad y mansedumbre	28
Hombres e ideas	28
La inquietud de espíritu	29
El descontento de sí mismo	31
Examen de conciencia	32
Los discutidos	32
Sobre la vanidad	33
La vuelta al pasado	33
La envidia ajena	34
Más y menos	35
Los libros y la vida	36

Págs.

El problema fundamental de la Pedagogía 36
Las impurezas de la realidad 40
Intelectuales y políticos 41
Infecundidad de la política 42
El liberalismo 43
Inteligencia y moral 45
Los idiomas 49
Héroes. 50
Problemas nuevos 50
Los escépticos 51
Vanidad 52
El tiempo que se pierde en la vida . . 52
La sabiduría humana 53
La felicidad 54
Profesores y maestros 54
Haz bien. 60
Programas de juventud 63
El concepto de civilización 66
Justicia y escuela 68
Instrucción y educación 73
Los valores prácticos de la educación. 74
Los servicios ajenos 75
Astucia conveniente 76
Superioridad del trabajo 77
Juventud y vejez. 83
Serenidad y energía 88
Los enemigos 91
Las despedidas. 93

MAXIMAS Y REFLEXIONES

PATRIOTISMO. Cuando decimos: «Soy patriota», debemos pensar en la pregunta que al punto puede sernos dirigida: — ¿Qué has hecho tú porque tu patria sea mejor cada día, más rica, más culta, más trabajadora, más libre, más respetuosa con las leyes, más anhelosa de progresos, más llena de sentido humano, más unida en el conjunto de sus elementos componentes, más atenta a sus destinos y a sus responsabilidades en la historia presente y futura?

Y si la contestación que sinceramente nos dé la conciencia es afir-

mativa, podremos repetir tranquilos: «Soy patriota.» En caso contrario, tal afirmación es un lirismo sin eficacia, contra el que debemos precavernos con tanta energía como contra *todo* confesado antipatriotismo.

LOS SISTEMAS. A medida que nos vamos haciendo viejos, vamos también haciéndonos escépticos en punto a los «sistemas», sobre todo en punto a las novedades de los sistemas. No nace esto, regularmente, de cristalización o misoneísmo de la edad — también puede nacer de ahí —, sino de experiencia en cuanto a la inutilidad de muchas fórmulas y organizaciones y en cuanto a la escasa novedad que suelen tener aquéllas y éstas en los asuntos OPI-

NABLES, es decir, en los que, o no han llegado al estado científico, o no llegarán a él nunca; pues tocante a éstos, el hombre viene pensando y opinando desde hace muchos siglos, y sería raro que no se le hubiese ocurrido IDEALMENTE todo lo posible.

Así ocurre en Pedagogía, en Moral, etc. Pero lo interesante en estas cosas que se refieren a conducta, no es la NOVEDAD, sino la REALIZACIÓN, y para lograrla hay que repetir muchas veces las cosas.

El escepticismo aquél va acompañado, en cambio, de una fe cada vez mayor en la persona, en el elemento individual en cuanto actor de la vida, en quien encarnan las ideas a través de condiciones sentimentales y de carácter o de voluntad.

LA MANO DURA. «Debemos tener la mano dura los unos con los otros.»

No. La mano dura, con los farsantes, con los atrevidos, con los canallas, con los ignorantes que presumen. Con los trabajadores sinceros, la benevolencia, el aliento, el *patriotismo* de ayudarles y de formar piña con ellos.

VALOR CÍVICO. Mucha más valentía se necesita para abandonar una posición apetecible, por no querer transigir con descortesías o con imposiciones, que para censurar defectos (de que en parte somos responsables callando) cuando ya no se ocupa la posición. Hacer esto segundo no habiendo hecho lo primero antes, es exponerse a que con

toda razón digan los hombres de juicio independiente que nos guía el despecho y no el deseo de la justicia.

Por el vergonzoso afán que tienen muchos de sentir crujir el látigo sobre espaldas ajenas (afán que no suele ir acompañado por el deseo de justicia, o que lo desvirtúa si lo acompaña), puede esto aplaudirse de momento; pero pasada aquella mezquina satisfacción, muchos que aplaudieron se avergonzarán de haberlo hecho o comprenderán, cuando menos, que no es ese el camino de los altos ejemplos y de la corrección de los males.

OPTIMISMO Y PESIMISMO. Hay que ser optimista.

El pesimismo nace muchas veces

de un desengaño originado por el error de creer que las cosas humanas son distintas de como son en realidad. Luego viene la resignación.

Pero no es eso. No es resignación *a posteriori* lo que hace falta, porque en ella hay siempre amargura y desaliento, sino conformidad *a priori* con las condiciones irreductibles de la naturaleza humana, para proceder según ellas y de ellas sacar, para nuestra vida y nuestros ideales, el mayor provecho posible.

Es como un químico que sabe lo que puede y no puede hacer con un ácido y lo utiliza de conformidad con esto, pero no se declara *desengañado* porque no pueda hacer lo que no está en la naturaleza del medio que emplea.

* * *

Si las circunstancias de tu vida te llevan al pesimismo y al disgusto de la acción, por desgracia o fatiga, no olvides que hay otros que siguen teniendo fe y entusiasmo; que las generaciones jóvenes sienten por ley natural ambas cosas al entrar en la vida, y que tú mismo hiciste lo mejor de tu obra cuando poseías esa fe y ese entusiasmo.

No tienes, pues, derecho a contaminar a los otros con tu estado de ánimo actual. Respeta su optimismo y deja que él les permita realizar lo que tú también harías si no te hubieses jubilado de la acción fecunda.

LOS ESCÉPTICOS. Los moralistas escépticos como Montaigne, tienen razón en los hechos que afirman, por punto general. Debemos aceptar

sus apreciaciones y observaciones como un legado de experiencia que luego nos confirmará, en mucha parte, nuestra propia vida.

Pero no nos autoriza esto a ser pesimistas ni a sustraernos de la acción, sino tan sólo a contar con ello como un mal irremediable (tan irremediable como el hecho de que tengamos orejas y narices, aunque en muchos hombres sean apéndices muy feos) sin hacerle caso en medida tal que nos impida seguir nuestro camino.

Hay que saber que los que más han de envidiarnos, serán precisamente muchos de nuestros afines y amigos, y ellos también quienes solapadamente pondrán más obstáculos en nuestro camino; pero no perdamos el tiempo con lamentarnos de eso o con enfadarnos. Riámonos

amablemente de esas flaquezas, que no disminuirán ni uno solo de nuestros verdaderos méritos, y utilicemos en provecho propio, hasta donde más nos sea posible, esas mismas amistades murmuradoras y envidiosas.

CONTRA EL DESALIENTO. Lo que más molesta en la vida es que no nos consideren en lo que creemos valer. No es ésta una herida de amor propio; es, principalmente, el grito del desengaño, por ver menospreciada nuestra obra y nuestra significación, tanto más, cuanto que de ordinario no se las pospone a otras igualmente meritorias, sino a la opinión improvisada o malévola de cualquier zascandil o del intrigante de peor laya.

Contra esto no hay más que dos defensas: la propia estimación de la seriedad de nuestra obra, y la segura esperanza de que al fin prevalecerá; y, juntamente, el sincero desprecio de los que afectan ignorarnos y de los que ocupan indebidamente nuestro lugar en la vida más o menos temporalmente.

Quien sea capaz de elevarse a ese estado de espíritu, encontrará la tranquilidad soñada, y logrará la verdadera e invencible superioridad sobre los demás.

LAS DISCUSIONES. Una de las cosas a que la vida enseña, es a no hablar demasiado, sobre todo a no discutir, sacrificando el gusto que nuestro amor propio siente de quedar vencedor en toda disputa o

controversia, y resignándose a cortarla sin extremarla. Hay más riesgo en prolongar estas cosas y en dar gusto a la lengua, que en retirarse aparentemente vencido o sin respuesta para el contrario.

Quien suele perder es el que continúa desahogando su empeño de quedar encima.

LA SUPREMA LIBERTAD DE ESPÍRITU. No hay obra humana (aun la de orientación más ideal) que no halle en el camino críticos regateadores de su intención o alcance, y sembradores de suspicacias respecto de ella. Muy vanidoso y confiado será quien no descuente tales tropiezos en la vida.

De otra parte, no olvidemos que la suprema libertad de espíritu con-

siste en gobernarse uno a sí propio, en vez de dejarse gobernar por opiniones ajenas, entre las cuales, las que más efecto suelen producirnos son las de acerba censura, el «qué dirán» o el «qué dicen» malicioso, que nos consideramos obligados a contestar con una ilógica y cobarde rectificación de conducta, o con una exageración de la censurada, a título de guapeza. En vez de esto, lo sensato es vivir y producirse conforme a los juicios y a las opiniones propias, serenamente, tenazmente. Para llegar a esa serenidad, necesitamos sustraernos a la peligrosa preocupación y discusión del juicio ajeno, cuando no se ve en él (y es lo corriente) una clara intención de cooperar a la obra emprendida, sino la de ponerle trabas y dificultades.

Si estáis seguros de la bondad de

vuestros actos, no os detengáis discutiendo con quienes los comentan sin amor, ni alimentéis por un solo instante la cándida creencia de que los vais a convencer de lo que deliberadamente no quieren convencerse. Perderéis el tiempo sin provecho alguno.

Quien en medio de una labor que requiere todas las energías, se detiene en polémicas de esta clase, resta fuerzas para lo principal y enajena su independencia de espíritu; porque la discusión nos hace esclavos del que nos discute, entregando nuestra atención a los giros que él quiere dar al problema, en vez de dejarla libremente a la atracción del interés real de las cosas y de la obra emprendida.

«NO SÓLO DE PAN...» La interpretación de la frase «No sólo de pan vive el hombre» no es la intelectualista de los llamados intelectuales. Lo que no es *pan*, es saber, es arte, es delicia del espíritu, sin duda; pero es también, y sobre todo, tolerancia, lealtad, justicia, hombría de bien en las relaciones con el prójimo. Eso es, al fin y al cabo, la *felicidad* de la vida, en lo que depende de los otros; y la *hombría de bien* no es sólo la *probidad*.

LA COMPRENSIÓN AJENA. Una de las cosas con que hay que contar en la vida, es la dificultad enorme, casi insuperable, de ser entendido por las gentes. Partimos del error de creer que todos están polarizados intelectualmente como nosotros y

que poseen todos los antecedentes sobre que reposa y se mueve nuestro pensamiento; y eso no es exacto.

Por ello hay que contar siempre: 1.°, con lo que uno dice; 2.°, con lo que entenderán los demás. Pero como esto no se aprecia siempre de momento, y en cambio es deber fundamental decir lo que uno piensa, hay que atender a lo primero ante todo, para no desvirtuar el juego de nuestro pensamiento por el esfuerzo para lograr que todos nos entiendan.

HOMBRES VIEJOS Y HOMBRES NUEVOS. La diferencia real entre los hombres *viejos* y los hombres *nuevos* no está en que crean o confíen en instituciones diferentes de orden social y político, sino en el espíritu de dignidad o servidumbre,

de piedad o dureza, de tolerancia o de intolerancia.

El *hombre nuevo* no es un producto final y refinado de la civilización, y negación de todo lo anterior. Las cualidades fundamentales que en él pedimos, las han pedido — y las han tenido — los hombres refinados de todos los tiempos; y los vicios contra los que él reacciona, no son los de nuestros padres, los de nuestra generación anterior, sino aquellos en que la Humanidad ha venido recayendo constantemente después de todo empuje que despertó, por tiempo breve, los resortes de su más alta idealidad y conducta.

* * *

Hombre *nuevo* no es el que quiere poseer todas las cualidades espi-

rituales y estima condición casi vergonzosa no poseerlas, y como ofensa que le nieguen las que realmente posee, sino el que tiene la serenidad de apreciar su propio valer en el terreno en que sus cualidades naturales y su cultura le proporcionan, y procura, dentro de eso, dar la nota más intensa y alta, sin aspirar a lo que no puede, pero contento con hacer lo que le es posible. Eso, nadie se lo disputará en justicia, y valdrá siempre como algo positivo, por mucho que sea lo que *no pueda* hacer.

BUENA Y MALA FE. Procede siempre de buena fe; pero cuenta con la mala fe de los demás.

BONDAD Y MANSEDUMBRE. La bondad no es la mansedumbre. El hombre bueno no se distingue del malo en que se enfade o no y castigue o no, sino en que no hiere a sangre fría y en que no tiene rencor. La condición humana se le sobrepone una vez pasado el momento de reacción contra la maldad. El propiamente malo es rencoroso y frío.

HOMBRES E IDEAS. Todas las ideas son respetables, se dice vulgarmente. No. *Todos los hombres* son respetables. Las ideas son las que hay que combatir.

* * *

La juventud suele sentir la necesidad de creer en un hombre. Mejor sería creer en una idea. Éstas no sue-

len engañar, mientras que lo raro es que los hombres no engañen; y el desengaño que ellos producen, es fatal luego para las ideas que simbolizan. Aparte de que depender de otro, es recortar, cuando menos, nuestra personalidad.

LA INQUIETUD DE ESPÍRITU. Hay una manera muy fácil de inquietar los espíritus y aparecer como agitador, y es atacándolo todo: hoy una cosa, mañana la contraria, a capricho, según el viento que corre. Pero eso no hace ningún bien al espíritu.

La única inquietud sana es la que procede de la visión de nuevos problemas, del descubrimiento de *la verdad* que derriba una creencia antigua, o del hallazgo, en nosotros mismos, de un defecto cuya existen-

cia no sospechábamos y que quisiéramos corregir.

* * *

Mejor que inquietar el espíritu de los demás, es inquietar el propio con el examen de nuestra conducta; estar alerta contra nosotros mismos y aun contra ese mismo afán (que puede parecernos sinceramente fecundo) de remover cuestiones, y que tiene el peligro de convertirse en algo sistemático, y, por ello (aunque parezca paradoja), caprichoso. La inquietud necesita poca exterioridad, mucha concentración y reposo, y puede encontrarse en hombres alejados del hervor de las discusiones diarias. Así, Fausto no supo lo que era inquietud hasta que la ceguera lo aisló del mundo exterior.

EL DESCONTENTO DE SÍ MISMO. El descontento de lo que otros hacen es, sin duda, una fuente de progreso y de mejora. Los resignados, los que todo lo encuentran bien en el mundo en que viven, no se moverán nunca para la reforma. Pero es más eficaz todavía el descontento de los hechos propios, y en él debemos basar toda nuestra formación. Conviene que cada elogio suscite en nosotros una duda; cada acto de confianza en nuestras aptitudes, una pesadumbre de nueva responsabilidad que nos obligue a mayor esfuerzo; cada ascenso en nuestra cultura, una mirada hacia todo lo que nos resta por subir. Sólo así humillaremos la vanidad y pedantería, siempre prontas a sublevarse y a clavarnos en el camino.

Y no temamos que de ahí venga el desaliento. El espíritu sabe bien

lo que puede, y ese saber de su fuerza propia es un impulso continuo. El miedo no lo sienten más que los incapaces.

EXAMEN DE CONCIENCIA. Muy a menudo deberíamos preguntarnos: ¿Qué es lo que verdaderamente me importa en la vida? ¿Cuál es mi *negocio* supremo? ¿Triunfar, mandar, ser rico, divertirme, ser célebre, que *me crean* esto o lo otro, estar bien con mi conciencia, ser cada día mejor o menos malo?

¡Cuántas veces nos asustaríamos de la respuesta!

LOS DISCUTIDOS. Las gentes suelen decir, como quien revela una falta: — «Es usted muy discutido.»

Eso, por el contrario, es el mejor elogio de un hombre. A los canallas y a los tontos no se les discute: se les condena o se les compadece.

SOBRE LA VANIDAD. Vanagloriarse de las condiciones naturales (talento, memoria, palabra, etc.) es tonto, porque ningún mérito tiene lo que no ha creado uno mismo; pero no hay inmodestia en reconocerlo y en contar con ello para la vida.

LA VUELTA AL PASADO. Durante gran parte, y en un amplio aspecto de ella, es nuestra vida un ensayo, un tanteo, una búsqueda constante de algo nuevo que satisfaga nuestro afán espiritual. Sólo cuando se ve (o se *siente)* el final de la vida,

desengañados de los más de esos tanteos, volvemos a lo ya sabido, a lo consagrado por las generaciones, a los libros eternos que quizá no hemos leído antes, pero que ansiamos conocer antes de morir para que iluminen nuestro espíritu; y así vivimos otra vez con las generaciones pasadas, con la Historia, y ayudamos a que se perpetúe la obra de los siglos.

LA ENVIDIA AJENA. Cuando no se hace la vida fundamentalmente por motivos de vanidad, ¡qué espectáculo más divertido ofrecen las mil manifestaciones de la envidia ajena, que unas veces finge ignorar lo que hace el envidiado (aunque sea bien notorio), faltándole las fuerzas aun para darse por enterada en

pura cortesía; otras, prescinde de él para la labor en que precisamente se ha distinguido, como si creyese de buena fe que no sirve para ella, y otras, ataca, aunque lo atacado sea congruente con los fines e intereses que atraen al envidioso!

MÁS Y MENOS. Lo que importa en la vida no es *hacer más* que otro, sino hacer todo lo que está en la capacidad de cada cual, con la mayor intensidad posible. Siendo así, está seguro [redacted] de tener su puesto en la vida y eso que llaman gloria; porque, en general, no somos diferentes *en más* o *en menos*, sino *en modo*.

LOS LIBROS Y LA VIDA. Hay una época de nuestra vida en que creemos que los libros son la realidad, más realidad que la que vemos con nuestros propios ojos. Tal pasa con las novelas, por ejemplo.

Luego, la vida nos enseña que muchos, la mayoría de los libros, no son más que literatura, como esos casos de conciencia abstractos que proponen los moralistas y que nunca nos plantea la realidad humana.

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA PEDAGOGÍA. A través de todas las filosofías, de todas las psicologías, de todas las paidologías que dividen la ciencia pedagógica en sistemas opuestos, cada uno de los cuales se cree poseedor de la verdad salvadora, reaparece siempre el

mismo problema, el *único* problema fundamental de la educación. ¿Se puede o no se puede educar un espíritu? O en otros términos: ¿se puede o no se puede dirigir un alma en el sentido que consideramos bueno desde el punto de vista moral y humano de las relaciones sociales y de la conducta individual?

Sabemos bien que es posible inculcar en la inteligencia ciertas ideas; que es posible transmitirle ciertos conocimientos; que es posible, en fin, instruirla. La metodología de esa función ha llegado a perfeccionamientos admirables, y es susceptible de otros muchos todavía, que alcanzan incluso a *educar* (es decir, a adiestrar) la inteligencia para aprender de las otras y pensar por sí misma.

La mayoría de los pedagogos se

detienen ahí y de ello constituyen toda su preocupación profesional o científica. Cada progreso de ese orden les parece una victoria trascendental de la Pedagogía. Mas por muchos de este género que se acumulen, el problema fundamental no adelanta un paso, porque lo que busca el hombre con la educación del hombre, y lo que le importa sobre todo, es mejorar otras cualidades espirituales de más práctico efecto en la vida que las de la inteligencia, con ser éstas tan importantes y útiles. Lo que le importa y le sale al paso siempre, cuando medita sobre el fondo de las cosas y se desprende del optimismo que los triunfos logrados provocan, es la averiguación de si hay o no en la especie humana tendencias, apetitos y pasiones irreductibles, sobre

los cuales carecemos de toda acción en la mayoría de los casos; o, por el contrario, todas son vencibles y encauzables por la educación.

Si esto segundo fuera verdad, podíamos abrir el ánimo a la esperanza. Si la verdad es lo primero, todos los sistemas están de sobra; porque si no podemos hacer buenos a los hombres (o a la inmensa mayoría de ellos, a los normales) y reducir de día en día el campo de la maldad, de la pereza, del egoísmo, etcétera, de poco consuelo ha de ser el logro de una educación parcial de la inteligencia humana, por mucho poder que a ésta concedamos para vencer la naturaleza exterior (no la nuestra), mejorar las condiciones materiales de la vida humana, o contemplar las grandes bellezas y

las más profundas verdades con que la realidad nos brinda.

En todo caso, averiguar cuál de aquellos supuestos es el verdadero, constituiría *siempre* el problema de fondo de la Pedagogía y el único cuya consideración y cuyo estudio permitirá a un hombre, sin supercheria, llamarse pedagogo.

Todo lo demás es poca cosa al lado de esto.

LAS IMPUREZAS DE LA REALIDAD. Nos equivocamos al creer que eso que llamamos «impurezas de la realidad» es algo externo a nosotros, que se nos impone como el sino a Don Alvaro.

La impureza está en nosotros, en nuestras intenciones más que en nuestros actos, y la imponemos en

la vida proporcionalmente a como la sentimos.

No echemos, pues, a la *realidad* (es decir, a los otros) culpas que por entero nos corresponden, si alguna vez las cometemos.

INTELECTUALES Y POLÍTICOS. Una de las razones fundamentales por la que los hombres dotados de gran capacidad intelectual, acompañada de una gran cultura, no sirvan para la política, es que no pueden reprimir en sus actos, y aún más en su ánimo, el menosprecio que tienen de los políticos de oficio, con relación a los cuales, y con toda razón en la mayoría de los casos, se creen superiores. Esa conciencia de la superioridad, les lleva a prestar poco caso a los políticos,

a prescindir de ellos y a mandarlos a paseo, con un gesto de cansancio, cuando les contrarían mucho.

Y eso no es político, ciertamente.

INFECUNDIDAD DE LA POLÍTICA. Los movimientos de fondo, ideales, de nuestra política, no han sido hasta ahora todo lo fecundos que deberían ser en virtud de su contenido, porque adolecen del defecto del aislamiento y el desdén hacia todo lo afín. No suman, restan; y se esquinan, desde que nacen, con factores afines a quienes fingen ignorar o a quienes combaten con el propósito de hacer el milagro solos, creyéndose los únicos aptos, los monopolizadores del porvenir.

EL LIBERALISMO. Uno de los tópicos más vulgares y corrientes de lo que se llamó «filosofía de la historia», es la afirmación de que, cuando la humanidad abandona un problema y lo sustituye por otro, en sus preocupaciones y disputas, es señal de que el primero se ha agotado, dando de sí todo lo que podía dar. Pero si de las afirmaciones generales, vagas y abstractas, descendemos al estudio concreto de cualquiera de los casos a que se refiere ese tópico, no será difícil hallar que ese AGOTAMIENTO más bien parece una disculpa con que los hombres pretenden justificar la inquietud amiga de novedades y el pronto cansancio de la atención sostenida, tal vez inherentes a la psicología de los pueblos. Gracias a que esa misma inquietud suele llevar de nuevo

hacia las cosas abandonadas, y gracias, sobre todo, a que los problemas que responden a necesidades fundamentales de la vida resurgen siempre, por la propia fuerza de su causa, rompiendo la costra indiferente de la mayoría y tomando — a la manera de las formas de adaptación de las especies animales — formas nuevas que parecen traer fondo también nuevo.

Tal sucede con lo que se ha llama «la bancarrota del liberalismo». Es muy frecuente oir, y leer, que el liberalismo, en cuanto dice relación al concepto y al organismo del Estado, ha cumplido su tiempo y está mandado retirar. La experiencia que de él hemos hecho en un siglo, exprimiéndole todo el jugo que tenía, es bastante para asegurar que no da más de sí y que no resuelve el pro-

blema que parecía encargado de resolver. Hay, pues, que buscar cosa nueva, enteramente nueva. Y sin embargo, lo cierto es que el liberalismo no ha logrado todavía imponer a la sociedad más que lo externo de su programa, lo puramente garantizador; y eso, y por lo general, sólo en las leyes, pero no siempre en la vida.

Lo práctico es, pues, volver al liberalismo y hacerle rendir toda su substancia.

INTELIGENCIA Y MORAL. No hace mucho, me decía un escritor español, como resumen de su protesta contra un nombramiento académico en que había triunfado el caciquismo político: «Hay que decir muy alto que quien debe mandar es la

inteligencia.» Si por inteligencia se entiende, en cada caso concreto, no la posesión de facultades naturales incultas o barnizadas de cultura, sino la preparación especial en los problemas particulares de cada cargo, la pretensión es justa y razonable. Nadie más que el especialista tiene derecho a dirigir su campo de acción. Pero la inteligencia no basta, y aun diré que ella sola es nociva. Si no la acompaña un fondo ético solidísimo, que va desde la más escrupulosa dignidad e independencia en las ideas hasta la honradez científica que no consiente cambiar la verdad por la hipótesis, ni la adulación por el juicio sincero, todo lo que sobre ella se edifique será sospechoso. Por eso me entristezco cuando veo el entusiasmo de personas de autoridad hacia gentes

que, si pueden ostentar una obra literaria o científica más o menos considerable, más o menos original, carecen de aquel sentido ético que distingue al hombre nuevo del viejo, único en que cabe fundar la regeneración de un país. Me entristezco, porque pienso que esas personas, o no son sinceras, o están completamente equivocadas si creen que el mañana mejor con que soñamos y por el que peleamos, puede confiarse tranquilamente a quien vendió la primogenitura de sus ideas por un acta de diputado cunero; a quien deja correr su pluma diariamente por impulsos de pasión o de adulación que busca un premio inmediato; a quien lo subordina todo a su éxito personal, caiga quien caiga, perezca lo que perezca; a quien pone por delante de todo el pasar

plaza de original aunque esto le convierta en manzana de la discordia allá donde penetre; a quien es incapaz de ver el fondo social de toda obra y de encaminar su labor pensando siempre en los demás, en el efecto sobre su pueblo, no sobre sí mismo; en quien huye de acercarse a los inferiores y a los desvalidos, porque nada pueden dar y aun es de mal gusto mezclarse con ellos, y se encastilla en una aristocracia intelectual infecunda... Y si no creen todo esto y mucho más que pudiera decirse, creen, cuando menos, que todo puede perdonarse y aun es detalle sin importancia ante el brillo del talento.

LOS IDIOMAS. Decir que un idioma, en un momento dado, no sirve para expresar ideas nuevas nacidas en otro pueblo, es verdad y es, a la vez, una tontería. Todos los idiomas del mundo se han encontrado en ese caso, desde el latín (entre los que nos son bien conocidos). Así se ve hoy en el francés, en el alemán, etcétera; pero todos han resuelto la dificultad, a fuer de organismos vivos, en flexión continua, adaptándose a las necesidades nuevas, tomando palabras extranjeras, remozando las propias y por otros mil medios. No hay, pues, derecho a calificar de caduca una lengua porque le falten algunas palabras castizas para cosas de invención reciente o para ideologías que quizá son una moda fugaz y de escaso fundamento.

HÉROES. No hay más razón para admirar y tener por héroes a los personajes de la *Iliada* y aun a muchos de los de la *Odisea*, que para considerar así a los de nuestra conquista de América. Tan violentos aquéllos como éstos, y tan grandes.

PROBLEMAS NUEVOS. Dos enseñanzas fundamentales nos ofrece América. La primera, que una vida próspera sólo puede basarse en la estimación de la obra efectiva realizada por cada hombre, y en que el lugar por éste ocupado dependa exclusivamente de sus condiciones de trabajo y no de padrinazgos o recomendaciones. La otra es la superioridad que en las sociedades nuevas tiene la acción particular colectiva sobre la del Estado, que es la

predominante en las sociedades viejas; y esta enseñanza es consecuencia de la anterior.

Ambas emanan natural y profundamente de la contemplación de muchos pueblos americanos, y, a mi juicio, son las bases y, a la vez, las pruebas, de esa grandeza progresiva en que las crisis no son más que accidentes pasajeros, incapaces de desviar la trayectoria esencial, en que todos ponemos una fe inquebrantable.

LOS ESCÉPTICOS. Se debía quitar toda intervención en la vida política — mayormente toda representación electoral — a los escépticos que creen inútil todo esfuerzo, juzgando que el país no se interesa por nada, que es ocioso preocuparse por

lo que a éste no le importa y que aquí no se puede hacer cosa que valga la pena.

Ellos son los peores enemigos de todo progreso.

VANIDAD. La única vanidad tolerable al hombre de ciencia, y la única que tienen los que verdaderamente lo son, es la de HACER. La vanidad comparativa con la labor de otro, les está vedada. Los que la padecen podrán ser espíritus brillantes, asimiladores, ingeniosos; no serán nunca verdaderos hombres de ciencia.

EL TIEMPO QUE SE PIERDE EN LA VIDA. Cuando se llega a la mitad presunta de la vida, empieza el hom-

bre a observar que le queda poco tiempo para hacer las muchas cosas que quisiera y que cada día son más complejas y henchidas de contenido. A la vez, nota el mucho tiempo que se malgasta... Consejos, visitas, juntas sin finalidad...

¡Qué pena!

LA SABIDURÍA HUMANA. Hay una sabiduría de experiencia humana la vida de los hombres que constituye un fondo común de todos los pueblos y de todos los individuos, y que, por ser igual siempre la condición humana, es eterna y sirve para todos.

Cuando un pueblo ha vaciado esa experiencia en un libro, no es extraño que ese libro se convierta en EL LIBRO.

LA FELICIDAD. No hay UNA felicidad. Hay muchas felicidades. Cada edad, cada estado, cada condición, tiene la suya. Por eso expresamos algo muy profundo al decir: MI felicidad.

El secreto para gozarlas todas consiste en contentarse, de cada vez, con la que está a nuestro alcance.

PROFESORES Y MAESTROS. En la vida docente hay un error muy extendido que produce malísimas consecuencias, tanto peores cuanto menos sospechadas. Consiste ese error en confundir la aptitud científica con la pedagógica. Un buen filósofo, un gran historiador, un químico de competencia probada por cien descubrimientos, un literato cuyas obras aplaude con justicia el públi-

co, nos parecen ya, por este solo hecho, personas capaces para dirigir la enseñanza de la juventud en sus respectivas especialidades. Por lo común, la verdad es todo lo contrario. Podemos convertir a esos hombres en *profesores*, es decir, en funcionarios públicos (o privados), regentes de una cátedra; pero la mayoría de las veces no haremos de ellos MAESTROS, es decir, directores de educación intelectual, adiestradores y guías del alumno en el camino de la ciencia y de la preparación para la labor investigadora.

Esencialmente no son, claro es, incompatibles la sabiduría, el alto nivel del profesor y la función pedagógica que le pedimos y en virtud de la cual esperamos que creará generaciones de trabajadores hábiles en una dirección determinada, capa-

citados para seguir laborando por cuenta propia. Sin embargo, la experiencia nos dice que no coinciden sino rara vez. La explicación de esto es fácil.

El hombre de gran altura intelectual aplicada a un determinado orden de estudios, comienza teniendo una primera dificultad para ser MAESTRO en su propia ciencia: la dificultad de colocarse al nivel del alumno para educir, paso a paso, las facultades de éste y educarle en el manejo de ellas. Puesto en la cátedra, se olvida del público y piensa y habla como INTER PARES, un poco molesto tal vez por la conciencia (más o menos clara según los casos, pero siempre presente) de que todo aquello será perdido, porque la inmensa mayoría no lo entenderá. Los hay en quienes esa conciencia

les lleva al desprecio de la función magistral, que cumplen porque la ley la exige, pero sin fe ni entusiasmo, con el vivo deseo, cada día de clase, de acabar pronto y que los alumnos desaparezcan de la vista.

En otros, el mismo amor a la investigación les hace considerar perdidas, no para los demás, sino para sí propios, aquellas horas que creen habían de aprovechar mejor — y están en lo cierto — en la soledad de su gabinete, o en las tareas silenciosas, íntimas, del laboratorio. Y, en fin, los hay que muy sinceramente quisieran ser maestros, procuran serlo en la mayor medida posible, y no lo consiguen.

Y es que la función docente constituye una ESPECIALIDAD; que no es lo mismo estudiar y saber que enseñar a otros lo sabido y, sobre

todo (ya que la enseñanza no consiste puramente en transmitir el conocimiento hecho), que educar a otros en el estudio y en la conquista de la CIENCIA PROPIA. Quienes posean la aptitud natural (para mí no hay duda que ésta existe) y la hayan aguzado y adiestrado convenientemente, serán maestros; los que no la tengan o la hayan obscurecido con otra vocación u otras aspiraciones, no lo serán, por muy elevada que tengan su personalidad científica.

Así se produce ese fenómeno, tan raro e inexplicable a los ojos de los profanos, de que fructifique a menudo la obra docente de medianías intelectuales y no la de eminencias indiscutibles; que aquéllas formen DISCÍPULOS, y éstas no tengan más que ALUMNOS. El hecho es tan ge-

neral, que no hay país ni establecimiento de enseñanza en que no se produzca.

Ahora bien; es indudable que cada función debe mirar a su propio peculiar fin, y escoger para el cumplimiento de éste los medios más adecuados. En la de enseñanza, el medio director es el maestro; y por eso, a una Universidad no debe importarle nada tener más o menos eminencias, y debe importarle mucho tener educadores, gentes que formen discípulos, u organizadores de gran sentido pedagógico, que orienten y dirijan a la vez a los educadores y a los educandos.

El que no sirva o no quiera servir para una u otra cosa, haría mejor en abandonar la enseñanza. Fuera de ella puede ser quizá sumamente útil a la ciencia y a la humanidad. Den-

tro de ella, ocupa un sitio sin cumplir la función, y contribuye a que perdure el equívoco de tener un MAESTRO donde no hay más que un EMPLEADO a quien se llama catedrático, profesor o cosa por el estilo.

HAZ BIEN. Muchas veces oigo quejarse de desengaños a los que dedican gran parte de sus afanes a la propaganda de las ideas de regeneración social.

Tropiezan a cada paso con la ignorancia y con la dificultad de convencer a la mayoría. Se desesperan de obtener escasos resultados. Tras largos y enormes esfuerzos, algunos se desalientan y abandonan la lucha... Yo también he tenido desalientos y he sido herido por todos

esos tropiezos. Pero mi experiencia propia y la historia — que es la experiencia de los demás —, me han enseñado que todo ello es muy humano, que siempre ha ocurrido así, que todos los reformadores (grandes y chicos) han luchado con los mismos inconvenientes y que, sin embargo, la Humanidad ha realizado grandes progresos. Cuando he comprendido eso, he empezado a tener paciencia, a esperar, y a no parecerme pequeña ninguna ventaja, ningún triunfo, ninguna conquista, por inferiores que a primera vista resultasen comparadas con la energía gastada en conseguirlas.

He aprendido que los grandes hechos sociales se forman así, lentamente, paso a paso, y que nada hay despreciable en el continuo caminar de las ideas. Me he convencido de

que lo fundamental en la propaganda es el acto de fe que realizamos todos los días creyendo que aquello que predicamos, no obstante ser hoy rechazado por muchos, será en lo futuro el credo de la mayoría, el credo de la Humanidad toda, y que esa fe en el porvenir de nuestras ideas se va comunicando a los demás y es lo que constituye la fuerza de las doctrinas y de los partidos.

Eso, en cuanto a las impaciencias y a los desalientos por la poca eficacia de la propaganda. En cuanto a los desengaños que proporciona la ingratitud de aquellos mismos a quienes queremos salvar, no sólo no deben extrañarnos, sino que es preciso contar con ellos como cosa inevitable, segura. Quien tenga tanto amor propio y tan escaso amor al ideal que el choque con la ingrati-

tud — hija muchas veces de la ignorancia, no de la malicia — pueda hacerlo retroceder o renegar de lo hecho, ése, que no se haga portaestandarte de ninguna reforma.

Hay que hacer el bien «a pesar» de los ingratos, sabiendo que existen y resignándonos a que nuestros afanes sean olvidados y menospreciados por los mismos que los aprovechan. El desquite de los que obran así consiste en ver que, si su nombre se borra de la memoria de los otros, su obra triunfa, y los que le pagaron con desprecios o rebeldías personales, viven de los frutos que da la semilla que ellos sembraron.

PROGRAMAS DE JUVENTUD. Muy a menudo he oído esta pregunta, formulada por uno de esos jóvenes

de la moderna generación española que sienten el patriotismo y la responsabilidad de su obra personal:

—«Yo quisiera hacer algo útil, positivamente útil. ¿Pero, qué?»

La pregunta responde casi siempre a un programa de exigencias tan altas, que el individuo (de no ser un pedante, pero entonces no es capaz de ponerse al problema) se ve como inferior al esfuerzo que requiere cumplirlas.

Es un aspecto de la posición heroica que se suele dar a la acción necesaria para laborar en la obra colectiva de un modo señalado, o, a lo menos, conveniente y útil.

Pero ese aspecto es erróneo. Cien veces se ha dicho; sino que, como todas las grandes verdades de observación referida a la realidad social, hay que repetirla constante-

mente, porque se olvida a cada paso. La vida, y dentro de ella lo que llamamos progreso, no exige todos los días, ni a todos los hombres, cosas excepcionales y heroicas. Las más de las veces pide sólo esfuerzos que diríamos (y, por lo general, así lo creemos) VULGARES, y que por ello solemos estimar muy por bajo de la generosa ambición de servir a la patria y al mundo. Por eso mismo dejamos de realizarlos; y buscando algo que esté por encima de ellos, dejamos a menudo que pase la ocasión de hacer algo, o edificamos lo que suponemos grande sobre un cimiento movedizo de cosas básicas, aunque pequeñas, incumplidas.

Lo cierto es que la esfera de acción de cada uno — por muy circunscrita y modesta que sea — está henchida de respuestas concretas a

la pregunta que más arriba consigno, es decir, de ocasiones y de acciones a nuestro alcance que requieren una firme y constante voluntad, y hasta tienen su poquito de gloria, juntamente con bastante de lucha.

EL CONCEPTO DE CIVILIZACIÓN. La última guerra ha venido a poner en claro el concepto de civilización. Veníamos confundiendo lo accesorio con lo fundamental, el medio con el fin. Porque un pueblo poseyese una gran industria capaz de invadir todos los mercados del mundo; un desarrollo original y potente de las ciencias aplicadas; una literatura notable; una filosofía que, en medio de su decadencia respecto de otros momentos, seguía en gran parte iluminando al mundo, etcéte-

ra, creíamos que ése era un pueblo civilizado. Pero ya no lo creeremos más, si a ese pueblo le faltan las condiciones éticas y humanas sin cuya existencia no vale la pena vivir, y en cuya falta el oro de más quilates, forjado en cadenas, no produce más que una atadura como la del hierro. Ya no podemos calificar de civilizado, en el sentido cristiano e ideal de la palabra y por muchos progresos materiales e intelectuales (puramente cerebrales) que nos ofrezca, al pueblo que es deselal en sus compromisos, cruel con los hombres, impío con las cosas que más altamente expresan el espíritu, despreciador del derecho ajeno, y para quien el individuo es algo despreciable, puro medio que se sacrifica al Moloch de una ambición de Estado y de un orgu-

llo profesional de clase endiosada. El pueblo que así proceda, será siempre un pueblo atrasado, incivil, por muy grandes que sean su poder cerebral y sus recursos materiales.

JUSTICIA Y ESCUELA. Por un error fácil de explicar dada la importancia del Estado en la vida de los pueblos, cuando hablamos de JUSTICIA y de INJUSTICIA, mentalmente atribuímos ambas cosas, de un modo casi exclusivo, a las autoridades públicas; es decir, pensamos que la justicia y la injusticia sólo de aquéllas pueden derivar y sólo a ellas hemos de pedirlas.

Pero esto es, como he dicho, un error. Ciertamente, dada la organización social, la efectividad de nues-

tros derechos pende, en gran parte, de la acción del Estado, y por ello, cuando los vemos atropellados o desconocidos, pedimos al Gobierno, a los Poderes públicos, que nos den o garanticen el uso y disfrute de lo que conceptuamos nuestro. Pero como el derecho no es una cosa que resida exclusivamente en la relación entre el individuo y el Estado, sino que está en las relaciones de cada uno con todos los demás, resulta que TODO HOMBRE puede, con respecto a los otros, ser justo o injusto; y si bien miramos la vida, veremos que la mayor suma de justicia o injusticia (es decir, de respeto o atropello de nuestro derecho) la recibimos de los hombres que están en nuestra propia esfera, con quienes tratamos a diario, y no de las autoridades públicas. Y aun veremos más:

que muchísimas de las injusticias que por ese camino nos vienen, escapan a la acción del Estado, el cual no puede llegar a ciertos órdenes de nuestra vida individual y social (demasiado íntimos, demasiado pequeños), para auxiliarnos; es decir, que una parte considerable de nuestras relaciones jurídicas depende absolutamente de la buena voluntad o de la inteligencia de nuestros semejantes, incluso los más humildes y, en apariencia, desprovistos de poder. Por poco que tengan, siempre encontrarán ocasiones de ser justos o injustos con nosotros.

Ese hecho explica la ineficacia que a veces encontramos en las leyes, las cuales NO BASTAN para prevenir toda injusticia, para librarnos de ella, ni aun para castigarla. Hay otro resorte más fuerte, en el que

pensamos poco, o, a lo menos, por cuya fortaleza no procuramos con bastante ahinco, creyendo que todo depende de GARANTÍAS EXTERIORES. Ese resorte es la pureza jurídica de nuestra intención, nuestro sentido moral y de derecho, única cosa que nos hará justos en todos nuestros actos (alcance a ellos o no el poder restrictivo o director de las leyes) y que garantizará de veras, en la práctica, la justicia para los otros.

Por eso, a la vez que pedimos — y no debemos cejar en pedir, con toda energía — de los Poderes públicos el reconocimiento y el amparo de nuestro derecho, ya en leyes nuevas, ya en el cumplimiento riguroso de las existentes y en el castigo de las transgresiones a éstas, hemos de pensar en *educar* nuestro

propio sentido del derecho, en hacernos nosotros mismos, individualmente, cada vez más justos para con los demás en TODOS LOS MOMENTOS DE LA VIDA: porque las leyes no pueden ser eficaces en un ambiente social acostumbrado a lo injusto y tolerante con él. Y cuenta que en materia de justicia no hay cosa pequeña. Por despreciar las pequeñeces del derecho, llegan a dominar y a sernos familiares las grandes.

En virtud de todo eso, quienes soñamos con una Humanidad mejor que la presente y ponemos los medios que a nuestro alcance se hallan para lograr su pronto advenimiento, tenemos empeño tan grande en fomentar los medios de educación de la masa, y por eso creemos que la escuela pública, absolutamente gratuita y educativa, debe ser una

de las reclamaciones persistentes en todo programa de reformas sociales.

INSTRUCCIÓN Y EDUCACIÓN. Lo que al obrero le importa no es sólo aprender las cosas que están en los libros, sino entender la realidad en que vive y saber juzgarla, tener criterio para estimar todo lo que es y contiene aquello con que se codea y que no es *libro*, sino cosa viva cuyos efectos siente ante todo. Para eso, el saber de las cosas de los libros y el ejercicio del entendimiento con motivo de ellas, son medios indirectos, en cuanto *educan*, *ensanchan* y ejercitan la inteligencia y la hacen cada vez más apta para entender el mundo en que principalmente vive el obrero. Por eso

también, a medida que un sujeto ha de vivir menos de las cosas de la inteligencia (ciencia, arte) y más en la realidad de la vida, necesita menos *instrucción* y más *educación*, al revés de lo que se piensa generalmente.

LOS VALORES PRÁCTICOS DE LA EDUCACIÓN. En cierta manera, puede decirse que todo lo que da cultura — general o especial — es *instrumento* para la vida o para la profesión: el saber de matemáticas, de historia, de geografía, etc. Mas lo que importa para la convivencia social, para la paz y el bienestar humanos, es el uso que se hará de ese instrumento y los valores que concedemos a las cosas todas y a las personas y derechos de los demás;

porque en esto, al fin y al cabo, vienen a parar todas las relaciones humanas: las jurídicas como las de arte, industria, economía...

Si todo el saber moderno no sirve más que para despreciar a los humildes, engañar a los confiados y legitimar la violencia y el dominio sobre los demás, hemos perdido el tiempo lastimosamente.

LOS SERVICIOS AJENOS. Las más de las veces los servicios que se reciben de las gentes no dependen de la intención de éstas, sino de que, buscando ellas sus fines, producen al mismo tiempo que su bien (o sin él, con ocasión de su búsqueda) el bien ajeno. Pero esto no les quita valor práctico para quien los aprovecha.

ASTUCIA CONVENIENTE. Lo primero en la vida es ser sincero, amar la verdad, confesarla y luchar por ella, aun a riesgo de perjuicios personales; pero esto no excluye cierta habilidad de conducta, cierta reserva de intenciones para conseguir el fin que nos proponemos.

No sólo no hay necesidad de decir a voz en cuello cuál es el propósito final de nuestra vida, sino que, en la mayoría de los casos, conviene guardarlo secreto para que no le alcancen las torcidas intenciones que casi siempre nos rodean. Lo importante es que ese propósito sea honrado. Siéndolo, no importa que contradiga los que otros tuvieran respecto de nosotros, empeñándose en llevarnos a senda distinta — aunque sea muy alta y holgada — que la que apetecemos, o propalando

que ésta es la qne ellos suponen. Persigamos la nuestra; y cuando la alcancemos, dispuestos a servir desde ella a nuestro pueblo y a la humanidad, contengamos el goce maligno que quizá tuviéramos en decir a las gentes que pueden creernos fracasados (sólo porque no somos lo que ellas querían o temían), cuán engañadas están y cómo toda la victoria apetecida por nosotros es nuestra. Mejor es negarse ese placer de expresar nuestro triunfo y el engaño de los otros, y contentarnos con el de reirnos interiormente de la liviandad de muchos juicios humanos.

SUPERIORIDAD DEL TRABAJO. Trabaja, crea, produce. Eso queda. Los mordiscos de la envidia, la baba de la maledicencia, pasan. Si al-

guien, apasionado, les da hoy crédito, la posteridad, más serena, verá claramente la intención impura que los produjo y los despreciará.

En cambio, tu obra positiva será estimada como un bien que, si no ha realizado todo lo que se propuso, cuando menos ha hecho posible que otros lo realicen plenamente.

Los nombres de los creadores perduran; los de quienes sólo hicieron obra negativa de difamación y de estorbo para los buenos propósitos ajenos, se olvidan o se recuerdan con asco.

Muchas veces te atacarán con injusticia. Piensa, ante todo, que eso ha ocurrido a muchísimos hombres y seguirá ocurriendo mientras haya humanidad, y que los ataques son tanto más rudos y frecuentes cuanto más te acompañe en la vida el éxi-

to. No es, por tanto, una desgracia que el destino te guarde a ti sólo y por la que debas quejarte de un modo especial.

Si eres un hombre justo y desapasionado, piensa también que ya, con esto, vales más que quien te ataca. Tú no serías capaz de hacer con él lo que él hace contigo, y la opinión imparcial — más poderosa de lo que tú crees — lo apreciará así. Un hombre que dice: «Contestaré al insulto con el insulto, a la calumnia con la calumnia», es tan miserable como aquel de quien pretende defenderse; por lo menos, es indigno de representar el principio de orden y justicia en el mundo, y sobre él no se edificará seguramente la sociedad futura cuyas bases han de ser la verdad y el respeto mutuo. Toda esa ventaja llevas,

pues; y con ella, la tranquilidad de tu conciencia, que te asegura la pureza de todos tus actos.

Si te niegan méritos, no te acongojes. Lo probable, diré aún más, lo seguro, es que tú te equivoques en cuanto a la magnitud y a la significación de lo que poseas; pero si tienes alguno efectivamente, mayor o menor, tendrás también la conciencia de él, que te comunicará fuerzas para proseguir; y esa, NO TE LA PUEDEN quitar los juicios ajenos.

Considera igualmente qué clase de opinión es la que te importa estimar como elemento coadyuvante de tu conducta. No desprecies la crítica que de ti hagan; pero mira quién la hace. La de un hombre apasionado, por mucho que sepa de lo que habla, no puede ser guía segura. No estimes más que la de

aquellos que tengan competencia para juzgarte y limpieza de intención en ello. Si te dejas arrastrar de otras, ya para perder confianza en ti mismo, ya para gastar el tiempo en rectificarla, no harás más que contribuir a que el mal intencionado logre su propósito en lo que más lejos de su acción puede y debe estar. Sé libre hasta en eso.

No te aflijas tampoco mucho de que resten eficacia y acierto a tu labor. Aunque todos — los injustos y los justos — coincidieran en esto, no te aflijas. Lo único que debe preocuparte es si has puesto en tus actos, en tus obras intelectuales y morales, todo el cuidado, todo el esfuerzo, todo el amor que requerían. ¿Ha sido así? Pues nadie tiene derecho a pedirte más, ni tú mismo a ser más exigente contigo. Que su alcance

sea menor que el que tú hubieras apetecido, no es culpa tuya, y sólo debe conturbarnos lo que es culpa. Otra cosa sería vanidad, y la vanidad es un estorbo en la vida. Con que hayas contribuído de algún modo al triunfo de la verdad o de la justicia, a la difusión de la cultura, al acrecentamiento del saber, habrás hecho cien veces más que todos los que te critican, entre los cuales serán legión los que nada hayan hecho.

Pero si, además, el juicio de los competentes y de los desapasionados te dice que hay cosas útiles en lo que hiciste; que has sido un buen colaborador en la obra común; que has abierto caminos nuevos, o desbrozado parte de los antiguos; que entre tus errores — ¿quién no los tiene? — hay aciertos y obra aprovechable, sírvate esto de responsa-

bilidad para seguir trabajando más y más y de modesta satisfacción para no desconfiar de ti mismo; pero no te envanezcas por ello, ni creas que has hecho ya bastante.

Y si todo esto considerado no experimentas dentro de ti la serenidad ante los ataques injustos, tiembla por tu obra, la que deseabas hacer, y quéjate de ti mismo, no de los otros.

JUVENTUD Y VEJEZ. No quiero ocultarte que la vejez es triste; por lo menos, que tiene muchos motivos para ser así y que la vida toda, en su arrastre de experiencia, la induce a ser de ese modo. Aunque hayas logrado mantener la serenidad de que te hablaba antes, no evitarás que el espectáculo de las miserias humanas te llenen el espíritu de me-

lancolía, si no por ti, por los hombres todos, de cuyo mejoramiento moral dudarás al fin de tus días.

Quizá esto es inevitable; pero quizá es un error, un efecto del crepúsculo de la vida. Cuando los gigantes se llevaron a Freya los dioses y el paisaje que los rodeaba, palidecieron.

Pero considera que la necesidad de mantener fresco y juvenil nuestro espíritu, no termina en la esfera intelectual. También es exigida en la esfera moral. Procura no sólo tener flexible la inteligencia, pronta a recibir las nuevas verdades, refractaria a toda cristalización, sino también alegre el ánimo, reaccionando diariamente contra la tristeza de los años (quiero decir, de la experiencia) y contra la falta de entusiasmo por las cosas que merecen entusias-

mo. Ciertamente, tu alegría entonces no será como la de la juventud; pero procura tenerla, pensando en que tú no te llevas la vida, que contigo sólo se agota un hombre, y que ella sigue irrestañable, luchando por subir cada vez más alta. Si te abates, darás mal ejemplo a los que detrás de ti vienen a la pelea. Háblales siempre como si creyeses en el triunfo, porque, después de todo, ¿quién te dice que no llegará cuando tú no puedas verlo? Careces de derecho para desanimar a los que tienen ánimo.

Por otra parte, la vejez no es tan mala como muchos creen. La vejez en las almas bien dirigidas — y tú debes QUERER ser de éstas — es un triunfo.

Cuando se habla de juventud, las gentes sólo recuerdan los días feli-

ces, los juegos, las alegrías, la salud, la despreocupación de la vida. Pongamos que haya sido así, borrando de golpe las experiencias de juventudes tristes, miserables, llenas de dolor y de tristeza. Quedará todavía otra cosa de importancia enorme y que suele olvidarse: la serie de luchas, de desengaños, de amarguras, de tanteos, de caídas, de equilibrios inverosímiles sobre la cuerda floja de la realidad, a través de los cuales se ha ido haciendo nuestra vida y hemos ido conquistando un sitio en el mundo, sitio más o menos grande, más o menos modesto, pero que es siempre un puerto de refugio, de descanso, de seguridad, y no sólo en la relación de las necesidades económicas — que a todos obligan — pero también en la de la educación del espíritu (que es materia más

grave), cuyas tormentas para el hombre reflexivo son de mayor trascendencia y utilidad.

Quien haya leído, algo más que por curiosidad, la autobiografía de Tolstoy, las confesiones y memorias de muchos hombres sinceros cuya inteligencia y fortuna admira el mundo, habrá visto cuán trabajosamente, a través de qué heroicas luchas, se forma la grandeza intelectual y moral de los escogidos. ¡Qué no será en la vida de los que, modestamente, han ido ascendiendo desde los estados inferiores de los primeros años, de la misma juventud, a las victorias de la madurez, en que el hombre que quiso saber algo y ser bueno llega quizá a lo uno y a lo otro, dentro de la limitación humana, después de dejar en el camino imperfecciones y miserias,

tristezas y sangre que los arañazos del mundo hacen verter a los que no se abroquelan tras el egoísmo! . . .

Que corra, que corra el tiempo; que se sucedan los años, permitiéndonos subir en la escala infinita que separa al hombre racional — último término de una evolución fatigosa — de los comienzos de la vida, irreflexivos y dominados por la herencia de primitivas inferioridades.

No deseemos repetir el viaje, lleno de retrocesos y paradas. Y sigamos trabajando, avanzando, MIENTRAS HAYA LUZ.

SERENIDAD Y ENERGÍA. No confundas la serenidad de que te he hablado antes, con la resignación cobarde que no lucha ni se indigna. Te he predicado la serenidad en los

asuntos personales, en los que pueden herir tu amor propio, diciéndote cómo, si la justicia y el trabajo están de tu parte, hallarás en ti mismo la mejor defensa contra las injusticias o los ataques mal intencionados. Necesaria es también en todo momento de la vida, pero no ya para rehuir y despreciar la lucha en el terreno injusto en que quieran presentártela tus enemigos para desconcertarte o tan sólo porque su pasión no les permite ver otro campo, sino para ser dueño de todas tus facultades y energías en la lucha. Seguro de esto, deja correr el ímpetu de tu sentimiento. No limites el poder que, si eres bueno, tendrás, de indignarte contra los malos y de perseguir su obra.

«Ni en la juventud ni en la vejez —dice Stanley Hall— conviene

contener demasiado la expansión del sentimiento, siempre que no llegue al punto de perder el dominio de sí, que siempre hay que conservar. Debe considerarse la indignación, por desagradable que sea, como un grande y rico venero de energía que necesita conocerse y encauzarse debidamente.»

Y en otro pasaje, añade: «Con todos los abusos; con las faltas de justicia, los fraudes, engaños, supercherías y burlas; la crueldad y opresión de los individuos o razas débiles por los fuertes; la explotación de los incautos e indefensos, los numerosos crímenes contra la salud, el bienestar y la virtud, que cometen individuos y corporaciones egoístas; con todo eso, hay causas suficientes para justificar toda la cólera del mundo; y si esa cólera se dirigiese

contra tales abusos, no se tardaría mucho en hacer desaparecer la mayor parte de ellos.»

No te avergüence sentir esa cólera; mas procura ser tú siempre quien mande en ella para que no te arrastre a cosas que perjudicarían, en primer término, a las buenas causas que defiendes.

LOS ENEMIGOS. Si eres como te he dicho, tendrás enemigos en gran número. Bueno es que lo sepas, con saber siempre presente en la memoria. Más enemigos tendrás por ser justo y evitar injusticias, que por el fanatismo de las ideas contrarias a las tuyas. Escudriña en la mayoría de los ataques que te dirijan, y verás que un diez por ciento es de envidiosos o de sinceramente opues-

tos a tus ideas, y un noventa, de gentes cuyas malas artes, cuyas granjerías, cuyas explotaciones, estorbas, o que temen que les descubras sus maldades.

Un personaje de *La noche del sábado* observa que a menudo hay gentes que esquivan nuestra sociedad, no porque sepan nada malo de nosotros, sino por lo que sospechan que sabemos de ellas. Podría añadirse que muchas también nos atacan por eso mismo.

Resígnate, pues, a tener enemigos, si eres bueno. Digo mal que te resignes: alégrate, porque es señal de que eres justo y de que vales. Ni aun los hombres acomodaticios, que a todos dan el parabién y con todos quieren vivir en paz, dejan de tener enemigos; y tal vez éstos más que tú, porque tú, al fin, tendrás tam-

bién amigos que te estimarán, y a ellos los desprecian todos.

Pero si eres blando de condición y no quieres enemistades, renuncia a practicar en tu vida la justicia; renuncia a luchar; renuncia a vencer; obscurécete y no hagas sombra a nadie, ni a nadie ayudes.

Tú dirás qué camino escoges.

LAS DESPEDIDAS. Bien considerada la cosa, las despedidas deben ser alegres, porque ellas son prueba de que dejamos tras de nosotros amigos y quizá, en el alma de éstos, algo de obra hecha, de surco de vida. ¡Desgraciado el hombre que no tiene de quién despedirse! ¡Ese sí que debe estar triste!

FIN

I N D I C E

	Págs.
Explicación	9
Patriotismo	11
Los sistemas	12
La mano dura	14
Valor cívico	14
Optimismo y pesimismo	15
Los escépticos	17
Contra el desaliento	19
Las discusiones	20
La suprema libertad de espíritu	21
«No sólo de pan...»	24
La comprensión ajena	24
Hombres viejos y hombres nuevos	25
Buena y mala fe	27
Bondad y mansedumbre	28
Hombres e ideas	28
La inquietud de espíritu	29
El descontento de sí mismo	31
Examen de conciencia	32
Los discutidos	32
Sobre la vanidad	33
La vuelta al pasado	33
La envidia ajena	34
Más y menos	35
Los libros y la vida	36

Págs.

El problema fundamental de la Pedagogía 36
Las impurezas de la realidad 40
Intelectuales y políticos 41
Infecundidad de la política 42
El liberalismo 43
Inteligencia y moral 45
Los idiomas 49
Héroes. 50
Problemas nuevos 50
Los escépticos 51
Vanidad 52
El tiempo que se pierde en la vida . . 52
La sabiduría humana 53
La felicidad 54
Profesores y maestros 54
Haz bien. 60
Programas de juventud 63
El concepto de civilización 66
Justicia y escuela 68
Instrucción y educación 73
Los valores prácticos de la educación. 74
Los servicios ajenos 75
Astucia conveniente 76
Superioridad del trabajo 77
Juventud y vejez. 83
Serenidad y energía 88
Los enemigos 91
Las despedidas. 93